

SPAIN'S INFAMY IN THE PHILIPPINES  
FOR THE FIRST TIME IN STORY AND PICTURE

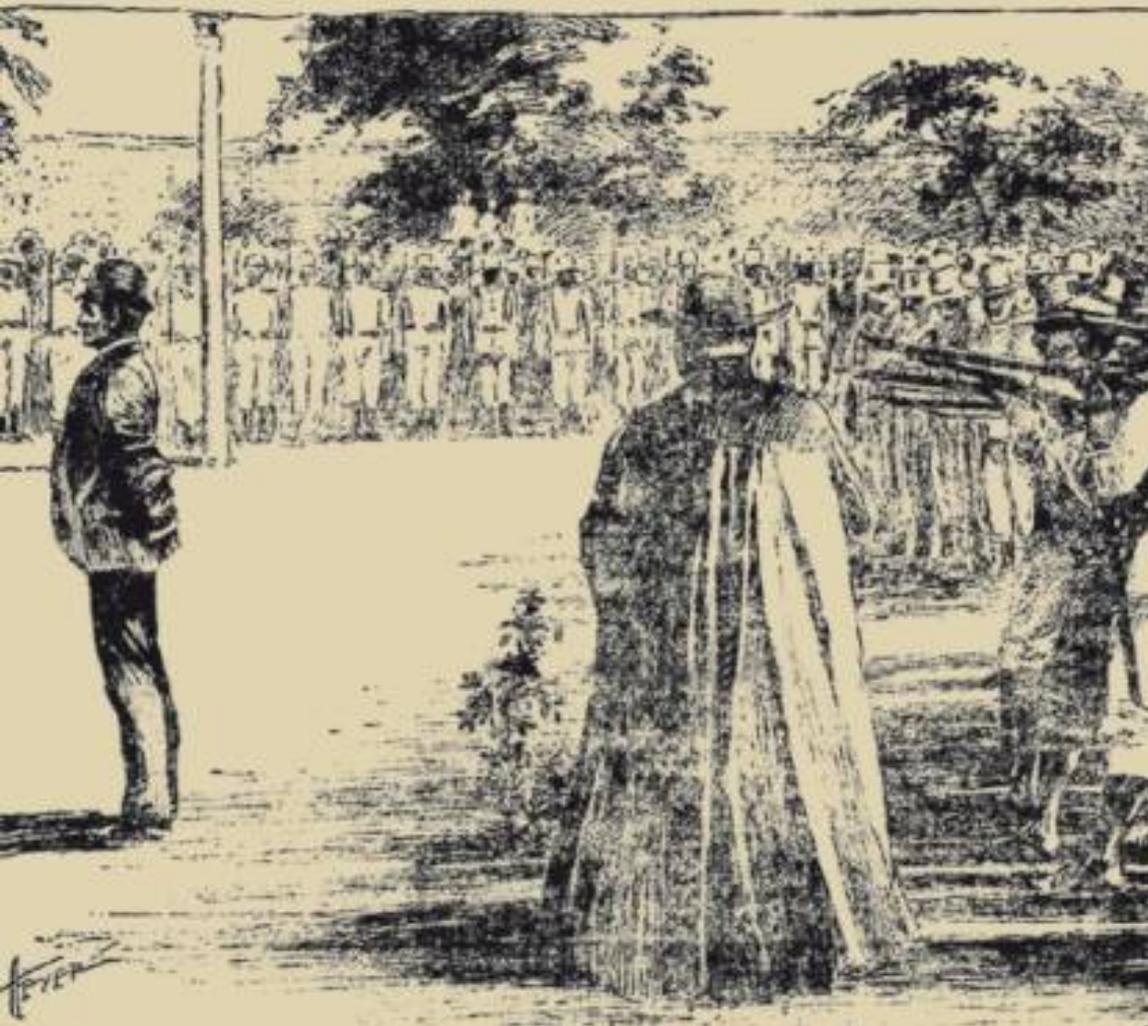
FULLY  
WORLD  
COMIS

Akal Pensamiento crítico

# BAJO TRES BANDERAS

ANARQUISMO E IMAGINACIÓN  
ANTICOLONIAL

Benedict Anderson



## Akal / Pensamiento crítico / 39

Benedict Anderson

# Bajo tres banderas

## Anarquismo e imaginación anticolonial

*Traducción:* Cristina Piña Aldao

El intercambio de ideas forja la historia en la misma medida en que lo hace el estruendo de las armas. Bajo tres banderas. Anarquismo e imaginación colonial describe con brillantez las insólitas conexiones establecidas entre la política y la cultura de finales del siglo XIX. Benedict Anderson examina los vínculos anudados entre militantes anarquistas de Europa y América con los levantamientos antiimperialistas acaecidos en los restos del imperio colonial español, en China o en Japón.

Apoyándose en el elaborado intercambio intelectual protagonizado por dos notables escritores filipinos –el gran novelista político José Rizal, ejecutado en 1896 por las autoridades españolas, y el innovador folclorista Isabelo de los Reyes, quien, deportado a la Península y confinado en el castillo de Montjuïc, trabaía contacto con anarquistas catalanes–, Anderson entreteje una obra tremendamente origi-

nal acerca de cómo las redes globales dieron forma a los movimientos nacionalistas que marcaron toda una época y que tantas enseñanzas encierran para nuestro propio presente.

«Una historia interesante a la vez que cautivadora... excepcional y apasionante.» The Guardian

«Una visión fascinante del flujo global de las ideas anarquistas y anticoloniales.» Publishers Weekly

**Benedict Anderson** es profesor emérito de Estudios internacionales de la Cornell University. Politólogo y ensayista de prestigio internacional, entre sus numerosas publicaciones están *The Spectre of Comparisons* (1998), *Language and Power* (1990) y, sobre todo, el ya clásico *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo* (1993).

Diseño de portada  
RAG

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Nota editorial:

Para la correcta visualización de este ebook se recomienda no cambiar la tipografía original.

Nota a la edición digital:

Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original.

Título original

*Under Three Flags. Anarchism and the Anti-Colonial Imagination*

© Publicado originalmente por Verso, 2005

© Benedict Anderson, 2005

© Ediciones Akal, S. A., 2008  
para lengua española

Sector Foresta, 1  
28760 Tres Cantos  
Madrid - España

Tel.: 918 061 996  
Fax: 918 044 028

[www.akal.com](http://www.akal.com)

ISBN: 978-84-460-4112-2

## Reconocimientos

*Es un mundo común, mancomunado, en todos los meridianos.  
Nosotros los caníbales debemos ayudar a estos cristianos (Quee-  
queg).*

En homenaje a Herman Melville  
En recuerdo de Tsuchiya Kenji  
Para Kenichiro, Carol y Henry

Muchas personas e instituciones me han proporcionado la ayuda indispensable para preparar este libro. Entre las personas, a quien más debo es a mi hermano Perry por recoger incansablemente materiales para ampliar y complicar mi pensamiento y por sus críticas característicamente meticulosas y perspicaces. Tras él, Carol Hau y Ambeth Ocampo. También me gustaría dar mi más sincero agradecimiento a Patricio Abinales, Ronald Baytan, Robin Blackburn, Karina Bolasco, Jonathan Culler, Evan Daniel, Neil Garcia, Benjamin Hawkes-Lewis, Carl Levy, Fouad Makki, Franco Moretti, Shiraishi Takashi, Megan Thomas, Tsuchiya Kenichiro, Umemori Naoyuki, Wang Chao-hua, Wang Hui, Susan Watkins, Joss Wibisono y Tony Wood.

Las cuatro instituciones que han puesto a mi disposición materiales raros son el Internationaal Instituut loor Sociale Geschiedenis de Ámsterdam, la Biblioteca Nacional de Filipinas, la Biblioteca de la Universidad de Filipinas, y la Biblioteca del Ateneo de la Universidad de Manila, en especial al personal encargado de la Colección Pardo de Tavera. Tengo con ellos una enorme deuda de gratitud.

## Introducción

Si observamos de noche un cielo tropical, sin luna, en la temporada seca, vemos un reluciente dosel de estrellas estáticas, conectadas tan sólo por la oscuridad visible y la imaginación. La serena belleza es tan inmensa que requiere un esfuerzo de la voluntad recordarse a uno mismo que estas estrellas se encuentran de hecho en un movimiento perpetuo y frenético, impulsadas de aquí para allá por la fuerza invisible de los campos gravitacionales de los que forman parte ineludible y activa. Tal es la elegancia caldea del método comparativo que, por ejemplo, me permitió en otro tiempo yuxtaponer el nacionalismo «japonés» con el «húngaro», el «venezolano» con el «estadounidense» y el «indonesio» con el «suizo». Cada uno de los cuales brilla con su propia luz separada, constante y unitaria.

Cuando la noche cayó en el Haití revolucionario, las tropas polacas enfermas de fiebre amarilla enviadas por Napoleón bajo las órdenes del general Charles Leclerc a restaurar la esclavitud, oían cantar de cerca a sus adversarios la *Marsellesa* y *Ça ira!* Respondiendo a este reproche, se negaron a cumplir la orden de masacrar a los prisioneros<sup>[1]</sup>. La Ilustración escocesa fue decisiva para enmarcar la insurrección anticolonial estadounidense. Los movimientos independentistas y nacionalistas de Hispanoamérica son inseparables de las corrientes universalistas del liberalismo y el republicanismo. A su vez, el Romanticismo, la democracia, el Idealismo, el marxismo, el anarquismo e incluso, a última hora, el fascismo se entendieron en general como movimientos *globe-stretching* y *nation-linking*. El nacionalismo, el elemento con la mayor valencia de todos, se combinó con todos los demás de diferentes modos y en distintos momentos.

Este libro es un experimento de lo que Melville podría haber denominado astronomía política. Intenta cartografiar la fuerza gravitacional del anarquismo entre nacionalismos militantes de lados opuestos del planeta. Tras el fracaso de la Primera Internacional y la muerte de Marx en 1883, el anarquismo, con sus formas característicamente variadas, fue el elemento dominante de la izquierda conscientemente radical e internacionalista. No fue meramente que en Kropotkin (nacido veintidós años después de

Marx) y Malatesta (nacido treinta y tres años después de Engels) el anarquismo produjera un filósofo convincente y un líder activista carismático y pintoresco de una generación más joven, no igualada por el marxismo convencional. No obstante el enorme edificio del pensamiento de Marx, del que a menudo bebía el anarquismo, el movimiento no desdeñaba a los campesinos y a los jornaleros agrícolas en una época en la que los proletarios industriales serios se limitaban principalmente al norte de Europa. Estaba abierto a escritores y artistas «burgueses» (en nombre de la libertad individual), algo que en aquellos días no admitía el marxismo. Igualmente hostil al imperialismo, no tenía prejuicios teóricos contra los nacionalismos «pequeños» y «ahistóricos», incluidos aquellos del mundo colonial. Los anarquistas fueron también más rápidos en aprovechar la enorme migración transoceánica de la época. Malatesta pasó cuatro años en Buenos Aires, algo inconcebible para Marx o Engels, que nunca salieron de Europa Occidental. El Primero de Mayo celebra la memoria de inmigrantes anarquistas –no marxistas– ejecutados en Estados Unidos en 1887.

El enfoque temporal de este libro, en las últimas décadas del siglo XIX, tiene también otras justificaciones. La práctica simultaneidad de la última insurrección nacionalista del Nuevo Mundo (Cuba, 1895) y la primera de Asia (Filipinas, 1896) no fue casual. Los nativos de los últimos restos importantes del legendario imperio planetario español, los cubanos (así como puertorriqueños y dominicanos) y los filipinos no leían meramente unos sobre otros, sino que mantenían cruciales relaciones personales y, hasta cierto punto, coordinaron sus acciones: la primera vez en la historia mundial que una coordinación transplanetaria de ese tipo se hacía posible. Ambos fueron finalmente aplastados, con pocos años de diferencia entre sí, por la misma brutal potencia hegemónica en ciernes. Pero la coordinación no se produjo directamente entre el país montañoso de Oriente y Cavite, sino que estuvo mediada por «representantes», sobre todo en París, y secundariamente en Hong Kong, Londres y Nueva York. Los nacionalistas chinos lectores de periódicos siguieron los acontecimientos de Cuba y Filipinas –así como la lucha nacionalista boer contra el imperialismo británico, que los filipinos también estudiaron– para aprender a «hacer» la revolución, el anticolonialismo y el antiimperialismo. Tanto filipinos como cubanos encontra-

ron, en diferentes anarquistas franceses, españoles, italianos, belgas y británicos, cada uno de ellos por sus propias razones, a menudo no nacionalistas.

Estas coordinaciones se hicieron posibles porque las dos últimas décadas del siglo XIX contemplaron el comienzo de lo que podría denominarse una «mundialización temprana». La invención del telégrafo fue seguida rápidamente por muchas mejoras, y el tendido de cables submarinos transoceánicos. El «cable» se dio pronto por sentado por los habitantes urbanos de todo el planeta. En 1903, Theodore Roosevelt se envió a sí mismo alrededor de todo el mundo un telegrama que le llegó en nueve minutos[2]. La inauguración de la Unión Postal Universal en 1876 aceleró enormemente el movimiento fiable de cartas, revistas, periódicos, fotografías y libros por todo el mundo. El buque de vapor –seguro, rápido y barato– permitió enormes migraciones inauditas de país a país, de imperio a imperio y de continente a continente. Una red cada vez mayor de ferrocarriles movía a millones de personas y mercancías dentro de los límites nacionales y coloniales, enlazando en sí interiores remotos y con puertos y capitales.

Durante las ocho décadas transcurridas entre 1815 y 1894, el mundo se mantuvo en general en una paz conservadora. Casi todos los países situados fuera de América estaban dirigidos por monarquías, ya fuesen autocráticas o constitucionales. Las tres guerras más largas y sangrientas del periodo tuvieron lugar en la periferia del sistema mundial: guerras civiles en China y Estados Unidos, la guerra de Crimen en el litoral norte del Mar Negro, y la horrible guerra en la década de 1860 entre Paraguay y sus poderosos vecinos. Las derrotas aplastantes de Bismarck al Imperio austrohúngaro y Francia se alcanzaron con velocidad de vértigo y sin enormes costes en vidas. Europa tenía una superioridad tal en recursos industriales, financieros y científicos que el imperialismo de Asia, África y Oceanía siguió adelante sin mucha resistencia armada efectiva, excepto en el caso del Motín de India. Y el propio capital se movía con rapidez y mucha libertad entre límites nacionales e imperiales.

Pero a comienzos de la década de 1880 se dejaron sentir los temblores preliminares del terremoto que recordamos en general como la Gran Guerra o la Primera Guerra Mundial. El asesinato del zar Alejandro II en 1881 por un grupo terrorista radical que

se autodenominaba La Voluntad del Pueblo fue seguido en los siguientes veinticinco años por el asesinato de un presidente francés, un monarca italiano, una emperatriz austriaca y su aparente heredero, un rey portugués y su heredero, un primer ministro español, dos presidentes estadounidenses, un rey de Grecia, un rey de Serbia y poderosos políticos conservadores de Rusia, Irlanda y Japón. Por supuesto, un número mucho mayor de atentados falló. Los primeros y más espectaculares de estos asesinatos fueron efectuados por anarquistas, pero los nacionalistas pronto siguieron su estela. En la mayoría de los casos, la consecuencia inmediata fue una masa de draconiana legislación «anti-terrorista», ejecuciones sumarias y un drástico ascenso de la tortura por parte de las fuerzas policiales, públicas y secretas, así como de los ejércitos. Pero los asesinos, algunos de los cuales bien podrían calificarse de terroristas suicidas precoces, consideraban que actuaban para un público mundial de agencias de prensa, periódicos, organizaciones religiosas progresistas, obreras y campesinas, etcétera.

La competencia imperialista, hasta 1880 todavía en gran medida entre Reino Unido, Francia y Rusia, empezaba a verse intensificada por recién llegados como Alemania (en África, noroeste de Asia y Oceanía), Estados Unidos (a lo largo del Pacífico y en el Caribe), Italia (en África) y Japón (en Asia Oriental). La resistencia también empezaba a mostrar su rostro más moderno y eficaz. En la década de 1890, España tuvo que enviar la hasta entonces mayor fuerza militar al otro lado del Atlántico para intentar aplastar la revolución de Cuba. En Filipinas, España se enfrentó a un levantamiento nacionalista, pero no consiguió derrotarlo. En Sudafrica, los boers dieron al imperio británico el susto de su larga vida.

Tal es el proscenio general en el que los actores principales de este libro interpretaron sus diversos papeles nómadas. Podría presentarse este argumento más gráficamente, quizá, diciendo que el lector encontrará italianos en Argentina, Nueva Jersey, Francia y el territorio vasco original; portorriqueños y cubanos en Haití, Estados Unidos, Francia y Filipinas; españoles en Cuba, Francia, Brasil y Filipinos; rusos en París; filipinos en Bélgica, Austria, Japón, Francia, Hong Kong, y Reino Unido; japoneses en México, San Francisco y Manila; alemanes en Londres y Oceanía;

chinos en Filipinas y Japón; franceses en Argentina, España y Etiopía, y así sucesivamente.

En principio, podría abrirse el estudio de esta enorme red rizómica en cualquier parte: Rusia acabaría llevándonos a Cuba, Bélgica conduciría a Etiopía, Puerto Rico nos llevaría a China. Pero este estudio particular parte de Filipinas por dos razones sencillas. La primera es que yo siento un profundo apego a las islas, y las llevo estudiando, de manera intermitente, veinte años. La segunda es que en la década de 1890, aun estando situadas en la periferia exterior del sistema mundial, desempeñaron brevemente una función mundial que desde entonces las ha eludido. Una razón subordinada es el material del que dispongo. Los tres hombres cuyas vidas sostienen el estudio –nacidos con una diferencia de tres o cuatro años a comienzos de la década de 1860– vivieron en el tiempo sagrado anterior a la llegada de la fotocopia, el fax, e internet. Escribieron copiosamente –cartas, panfletos, artículos, estudios académicos y novelas– en pluma y tinta indelebles, en papel que se esperaba que tuviese una vida casi infinita. (En la actualidad, los archivos estadounidenses se niegan a aceptar nada fotocopiado –se volverá ilegible en veinte años– o en forma electrónica [será ilegible, o legible sólo mediante un coste prohibitivo, aún antes, debido al ritmo vertiginoso de la innovación tecnológica.]

No obstante, un estudio que, aunque superficialmente, nos lleve a Río de Janeiro, Yokohama, Ghent, Barcelona, Londres, Harar, París, Hong Kong, Smolensko, Chicago, Cádiz, Port-au-Prince, Tampa, Nápoles, Manila, Leitmeritz, Cayo Hueso y Singapur exige su propio estilo narrativo combinatorio. En este estilo hay dos elementos fundamentales: el segundo (históricamente) es el montaje de Eisenstein, mientras que el primero es el de la *roman-feuilleton* de la que Charles Dickens y Eugène Sue fueron precursores. Pido, por lo tanto, al lector o a la lectora que imaginen que están viendo una película en blanco y negro o viendo una novela *manqué* cuya conclusión se encuentra por encima del cansado horizonte del novelista.

Hay una nueva carga sobre el buen lector. A finales del siglo XIX se dio un «lenguaje internacional» todavía no horrible y comercialmente envilecido. Los filipinos escribían a los austriacos en alemán, los japoneses en inglés, entre sí en francés, español o tagalo, con intervenciones liberales del último idioma internacio-

nal hermoso, el latín. Algunos sabían un poco de ruso, griego, italiano, japonés y chino. Podía enviarse un cable alrededor del mundo en cuestión de minutos, pero la verdadera comunicación exigía el verdadero y difícil internacionalismo del políglota. Los líderes filipinos estaban peculiarmente adaptados a este mundo de Babel. La lengua de su enemigo político era también su lengua personal, aunque entendida por menos del 5 por 100 de la población filipina. El tagalo, el idioma nativo usado en Manila y su periferia inmediata, no lo entendía la mayoría de los filipinos, y en cualquier caso era inútil para la comunicación internacional. Muchos hablantes nativos de las lenguas locales, en especial el cebuano y el ilocano, preferían el español, a pesar de que esta lengua fuese, en Filipinas, un claro marcador de elite, incluso de categoría colaboracionista. Para dar al lector una percepción más viva de un mundo políglota ya desaparecido, este estudio cita liberalmente en los distintos idiomas en los que estas personas se escribían entre sí y a los no filipinos. (Todas las traducciones del libro son mías, a no ser que se indique lo contrario.)

La estructura formal del libro se rige por su método y sus objetos. Tiene un comienzo preciso, aunque arbitrario, en la tranquila y remota Manila de la década de 1880, y después se extiende gradualmente por toda Europa, América y Asia hacia un *finis* aún más arbitrario para el que ninguna «conclusión» parece factible. Esta anclado, si ésa es la mejor palabra, en las vidas jóvenes de tres destacados patriotas filipinos nacidos a comienzos de la década de 1860: el genial novelista José Rizal, el pionero de la antropología y polémico periodista Isabelo de los Reyes, y el organizador y coordinador Mariano Ponce.

Los capítulos 1 y 2 son dos estudios contrastados sobre dos libros notables: *El folk-lore filipino* de Isabelo (Manila, 1887) y la enigmática segunda novela de Rizal, *El Filibusterismo* (Ghent, 1891). Investigan de qué modos: (1) el antropólogo desplegaba abiertamente el trabajo de los etnólogos y los folcloristas europeos contemporáneos, junto con su propia investigación local, para debilitar la credibilidad intelectual de las autoridades coloniales, tanto clericales como laicas; (2) el novelista se inspiraba alquímicamente en figuras claves de las vanguardias literarias francesa, holandesa y española para escribir la que probablemente fuera la primera novela anticolonial incendiaria escrita por un súbdito colonial fuera de Europa.

El siguiente capítulo empieza con el alejamiento de la crítica literaria aficionada para acercarse al campo de la política. *El Filibusterismo* sigue siendo el tema principal, pero se explica a través del filtro de las lecturas y las experiencias de Rizal en Europa entre 1882 y 1891, así como las secuelas de su primera y brillante novela, *Noli me tangere*, que lo convirtió en símbolo de la resistencia filipina al gobierno colonial y lo convirtió en objeto de una amarga enemistad en las altas instancias. También trata de los conflictos políticos que se agudizaron entre los activistas filipinos en España. Se sostiene que *El Filibusterismo* es una especie de novela planetaria, en contraste con su predecesora. Sus personajes ya no son simplemente los españoles y sus súbditos nativos, sino que incluyen nómadas de Francia, China, Estados Unidos, Europa e incluso, sospechan algunos personajes, Cuba. En estas páginas aparecen las sombras de Bismarck en Europa y Asia Oriental, de la innovación de Nobel en los explosivos industriales, del nihilismo ruso y del anarquismo de Barcelona y Andalucía.

El capítulo 4 cubre los cuatro años transcurridos entre el regreso de Rizal a su país en 1891 y su ejecución al final de 1896. Analiza sobre todo las transformaciones que se producen en Cuba y en las comunidades de emigrados cubanos en Florida y Nueva York, que permitieron a Martí planear y lanzar una insurrección revolucionaria armada en 1895 (y el éxito de sucesor en mantener con un enorme coste la gigantesca fuerza expedicionaria enviada para aplastarla). El comienzo de este ataque se produjo una semana después de que se firmase el Tratado de Shimonoseki (tras la victoria japonesa en la Guerra Chino-Japonesa de 1895), que, al entregar Taiwan a Tokyo, puso a la primera potencia asiática a un día de navegación de la costa norte de Luzón. Se dedican sustanciales fragmentos al plan fracasado de Rizal de crear una colonia de filipinos en el noroeste de Borneo (que en algunos ámbitos importantes se interpreta como una continuación del ejemplo del libro de Tampa de Martí), y a sus difíciles relaciones con los katipunan clandestinos que lanzaron un levantamiento armado contra el dominio español en 1896.

El capítulo 5 es el más complicado. Dos meses antes de que estallase el levantamiento de los katipunan, tuvo lugar el más sangriento de los múltiples atentados anarquistas en Barcelona en tiempos de guerra. El régimen conservador del primer minis-

tro Cánovas respondió con la ley marcial en la propia ciudad, detenciones masivas de izquierdistas y la práctica de las más terribles torturas en el lóbrego castillo de Montjuïc. Entre los encarcelados se encontraba el notable anarquista criollo cubano Tarrida del Mármol. Una vez liberado, se dirigió a París, donde lanzó una extraordinaria cruzada contra el régimen de Cánovas, principalmente a través de las páginas de *La Revue Blanche*, entonces la revista de vanguardia más importante de Francia, quizá del mundo. La larga serie de artículos escrita por Tarrida, que empezó poco antes de la ejecución de Rizal, relacionó las feroces represiones en Cuba, Puerto Rico, Barcelona y Filipinas. La cruzada de Tarrida se extendió con rapidez por la prensa anarquista de Europa y del otro lado del Atlántico, y pronto obtuvo un firme respaldo de muchas otras organizaciones y revistas progresistas. En París, sus aliados clave fueron Félix Fénéon y Georges Clémenceau: Fénéon, la fuerza motriz intelectual de *La Revue Blanche*, era un brillante crítico de arte y teatral, pero también un comprometido anarquista antiimperialista que no dudaba en lanzar él mismo una bomba. Clémenceau, también antiimperialista comprometido, había sido alcalde Montmartre durante la Comuna de París, era amigo de muchos anarquistas encarcelados y trabajaba con firmeza, como periodista y político, a favor de los derechos de los trabajadores. Ambos participaron de manera muy activa en el asunto Dreyfus que estalló en el otoño de 1897.

El capítulo analiza después los antecedentes del asesinato de Cánovas el 9 de agosto de 1897 por el joven anarquista italiano Michel Angiolillo, el cual auguró la caída del imperio español al año siguiente. El personaje clave fue el Dr. Ramón Betances, el legendario conspirador puertorriqueño para la independencia de las colonias antillanas y enemigo tanto de España como del voraz Estados Unidos. El doctor no era en modo alguno anarquista, pero encontró los aliados europeos más enérgicos para su causa entre los anarquistas italianos y franceses. Las dos últimas grandes secciones giran en torno a las actividades del íntimo amigo de Rizal, Mariano Ponce, y de Isabelo de los Reyes. Ponce huyó de España en el otoño de 1896, y pronto empezó a trabajar como agente diplomático y propagandístico fundamental para el gobierno revolucionario filipino, primero en Hong Kong y después en Yokohama. El libro analiza la notable correspondencia de Ponce con los filipinos y otros muchos extranjeros de Ciudad

de México, Nueva Orleans, Nueva York, Barcelona, París, Londres, Ámsterdam, Shanghai, Tokio y Singapur, y considera diversos indicios de su influencia, en especial en Japón y en la comunidad china allí residente. Isabello, por su parte, fue encarcelado poco después del levantamiento de Katipunan, y al volver a Manila para enfrentarse al nuevo régimen colonial estadounidense, llevó con él los primeros ejemplares de libros de Kropotkin, Marx y Malatesta que llegaron a ese país. Practicó lo que los anarquistas le habían enseñado organizando la primera central sindical seria y militante de Filipinas.

Sólo queda decir que si los lectores encuentran en este texto una serie de paralelos y resonancias con nuestro propio tiempo, no estarán equivocados. En la convención republicana de 2004 en Nueva York, vigilada por muchos miles de policías y otro personal de «seguridad», la policía metropolitana declaró a los periódicos que el peligro no procedía de los comunistas, ni siquiera de los musulmanes fanáticos, sino de los anarquistas. Casi al mismo momento, se erigía en Chicago un monumento a los Mártires de Haymarket. *The New York Times* comentaba con suficiencia que «sólo ahora se han apaciguado suficientemente las pasiones» como para que se produjera esa inauguración. Es cierto que Estados Unidos es un continente.

[1] Véase la conmovedora descripción de C. L. R. James, *The Black Jacobins*, ed. rev., Nueva York, Vintage, 1989, pp. 317-318.

[2] La transmisión telegráfica de fotografías llegó inmediatamente después del periodo cubierto por este libro. En 1902, el científico alemán Alfred Korn demostró que podía hacerse, y, en 1911, los circuitos de foto por cable ya conectaban Londres, París y Berlín.

## I. Prólogo: el huevo del gallo

En 1887, en la Exposición filipina en Madrid, un *indio*<sup>[1]</sup> de veintitrés años llamado Isabelo de los Reyes, residente en la Manila colonial, obtuvo una medalla de plata por un extenso manuscrito en español que tituló *El folk-lore filipino*. Compuso este texto en involuntaria unión con José Rizal (que tenía entonces 25 años), quien tras viajar un tiempo por el norte de Europa, publicó su incendiaria primera novela, *Noli me tangere*, en Berlín ese mismo año. Este libro le valió el martirio en 1896 y, más tarde, la categoría eterna de padre de la patria y primer filipino.

### ¿Quién fue Isabelo<sup>[2]</sup>?

Nació en 1864 en la ciudad arzobispal, todavía atractiva, de Vigan, al norte de Luzón –frente a Vietnam, al otro lado del Mar de China– de padres pertenecientes al grupo étnico de los ilocanos, la mayoría de los cuales eran en aquellos días analfabetos. Sin embargo su madre, Leona Florentino, era evidentemente una poeta de cierta calidad, de forma que en la exposición de Madrid y en otras posteriores su poesía se presentó a los españoles, los parisinos y los habitantes de San Luis<sup>[3]</sup>. Este logro no salvó su matrimonio, e Isabelo fue confiado con seis años a un pariente rico, Meno Crisólogo, que lo envió a una escuela de primaria adjunta al seminario local regido por los agustinos. Parece que el comportamiento abusivo de los frailes católicos españoles despertó en el muchacho un odio hacia las órdenes religiosas católicas que persistió toda su vida y tuvo serias consecuencias para su trayectoria profesional posterior. En 1880, a los dieciséis años, escapó a Manila, donde enseguida se tituló en el Colegio San Juan de Letrán; después estudió derecho, historia y paleografía en la antigua Universidad Pontificia (dominica) de Santo Tomás, entonces la única universidad en todo el este y el sureste de Asia.